

PROBLEMAS DE POLITICA MILITAR: LA GUERRA Y EL SENTIR POLITICO

LA FORMA DEL ESTADO COMO CONSECUENCIA DE LOS OBSTÁCULOS
QUE SURGEN EN LA TRAYECTORIA HISTÓRICA DEL CORRESPONDIENTE
GRUPO HUMANO

El Estado es una estructura ajustada a normas jurídicas que adopta una agrupación humana independiente para regular su vida interior y superar los obstáculos que se oponen a su desenvolvimiento histórico. De aquí que el Estado, ente político perenne y universal, haya de evolucionar, en cuanto a su forma y a su volumen, paralelamente al aumento de la complicación de las relaciones humanas y al crecimiento de los obstáculos que aparecen en las trayectorias históricas de los grupos humanos independientes.

No ha habido un solo tipo de Estado, desde el más rudimentario al más complicado de los hoy existentes, que no se haya considerado a sí mismo un personaje histórico definitivo y perfecto, y que no haya visto con horror la aparición de la necesidad histórica de constituir entes políticos superiores a él. Incluso cuando la constitución de ese ente político superior es el deseo general de varios grupos humanos afines política y espiritualmente, y el fruto de un costoso esfuerzo realizado por todos ellos, su formación definitiva halla fuertes reparos en los mismos que no regatearon su contribución a ese esfuerzo común, pero que se resisten a ver desaparecer, fundido en la nueva realidad política, a lo que consideraban políticamente sustancial por ser inherente a una independencia que no es que se pierda, sino que queda vinculada a un todo más amplio; por eso, como el mantenimiento y el empleo de las fuerzas armadas son atributos esenciales de la soberanía, los entes políticos que se embeben en uno superior se resisten a perderlos.

Ejemplo claro y reciente de esto aparece en el Imperio alemán, que entró en la Historia a paso de parada tras la victoria de Sedán, donde los Estados confederados alemanes habían combatido contra Francia con un espíritu de comunión política que no se había mostrado en las tierras de Germania desde los días, lejanos y casi legendarios, en que los hombres acaudillados por Arminio vencieron a las legiones de Varo. El nuevo Imperio, nacido de una lucha y proclamado por sus soldados, no pudo, sin embargo, conseguir la absoluta unificación de sus fuerzas armadas: Baviera, el segundo Estado en importancia del Imperio, cuya presencia en los campos de batalla de Francia había sido tan real y tan eficaz como la de Prusia, se resistió, quizá porque sentía aún abierta la herida infligida a Alemania en Worms, a diluir por completo su personalidad política independiente en el Imperio que nacía, y por eso conservó relaciones directas con algún poder político exterior y mantuvo su ejército diferenciado del imperial, aun que integrado en él y sometido a sus normas técnicas. Fué mucho después, tras la derrota de 1918 que indudablemente robusteció la consistencia política alemana, cuando desaparecieron de las fuerzas armadas del Reich todos los distingos localistas; la Reichswehr fué, ya, única y exclusivamente alemana.

Otra muestra de tal fenómeno se halla en los primeros años de vida independiente de los Estados Unidos. Pese a la amenaza, totalmente ilusoria, pero firmemente sentida en la Unión, de una acción guerrera británica encaminada a recuperar los inmensos territorios perdidos para la Corona inglesa en América del Norte, los Estados, teóricamente independientes, veían con recelo el nacimiento de unas fuerzas armadas federales, materialización de una soberanía superior a la de cada uno de ellos, y pretendían atender a las necesidades militares de la nueva nacionalidad con las milicias que sobrevivían de la época colonial. La fuerza de las circunstancias obligó a la constitución de esas fuerzas armadas, que fueron organizadas con arreglo a normas del más puro clasicismo, importadas de uno de los países más militaristas de la vieja Europa, y la realidad es West Point y Annapolis tienen hoy el mismo valor de símbolos de la solidez política de los Estados Unidos que la Casa Blanca y el Capitolio de Washington.

Pese a ese recelo a lo nuevo, y sobre todo a lo que la nueva situación acarrea indefectiblemente, el surgimiento de un obstáculo insalvable por los entes políticos existentes obliga a éstos a inte-

grarse en uno nuevo, superior y común, so pena de desaparecer o, en el mejor de los casos, de detener su desenvolvimiento histórico, lo cual, además, no está siempre al alcance de su voluntad.

Un caso típico de integración en un todo superior de entes políticos de diferentes características, sin más impulso la unión que la incapacidad para superar aislados los obstáculos que surgían en sus trayectorias históricas, es el de la unión de Castilla y de León, que dió lugar al personaje fundamental de la Historia de España. La fusión, no lograda en un día y con facilidad, pero sí en un tiempo que visto con perspectiva histórica representa bien poco, no fué el resultado de un deseo unánimemente sentido de reunir en una sola nacionalidad a dos grupos afines en muchos aspectos, pues la idea nacional, aunque puede decirse que es tan antigua como los hombres, no estaba encerrada en un vocablo ni tenía en la Edad Media el mismo contorno que en la actualidad; además, si bien los dos núcleos políticos que se unieron eran semejantes en muchos aspectos, disentían fundamentalmente en cuanto al concepto que cada uno de ellos tenía del Estado: León, heredero directo e hijo primogénito de la monarquía goda, era un reino jerarquizado sólidamente, en el que el deber y el derecho de combatir estaban vinculados a unos escalones sociales, mientras que los otros no tenían en el combate más que una función adjetiva a la de los combatientes y Castilla, por el contrario, era una gran democracia que basaba su estructura política en la célula municipal, y en la que el número de combatientes puede decirse que era idéntico al de ciudadanos. La estructura política leonesa no permitía más acción guerrera que la que podría llamarse *de Caballería*, o sea, de gran radio de acción, pero carente de capacidad de consolidar lo conquistado, en tanto que Castilla era un pueblo *de Infantería*, no podía llegar en su lucha contra los musulmanes donde lo hacían periódicamente los hombres de León, pero la tierra que conquistaba quedaba castellana para siempre y en ella surgían nuevos Municipios.

Fueron precisamente las diferencias entre los dos grandes núcleos políticos del centro de la Península, sus características complementarias, las que condujeron, bajo el impulso de la necesidad histórica de vencer a un enemigo en período de robustecimiento, a constituir un nuevo sujeto político español, distinto a Castilla y distinto a León, pero en el que se encuentran rasgos heredados de cada uno de los dos pueblos.

LAS CARACTERÍSTICAS POLÍTICAS DE UN ESTADO Y LAS DE LOS
 ENTES POLÍTICOS INTEGRADOS EN ÉL

A la larga, y no muy a la larga, Castilla, cuya personalidad política era más fuerte que la de León, porque en el pueblo castellano era más general el interés por lo estatal que en el leonés, dió su sello al nuevo personaje histórico español, tras un proceso de acoplamiento no exento de disensiones y de altibajos. Adonde perduró la mentalidad política leonesa, notablemente distinta de la castellana, fué en el naciente Portugal, y quizá es esta la causa remota, pero no por ello desdeñable, de que esa rama del tronco ibérico se haya resistido siempre a integrarse en un todo político peninsular.

Ciertamente, todo personaje histórico que nace muestra en su nueva personalidad unas características políticas y sociales que son, en su mayor número, heredadas de aquel de sus componentes que, por ser más vigoroso, más contribuyó a su formación, pero nunca se borra la influencia de sus demás componentes, e incluso tal influencia va en aumento con el tiempo. El Imperio alemán era muy prusiano, pues Prusia destacaba por su personalidad vigorosa sobre sus demás componentes, pero menos prusiano que la Prusia de la Guerra de los Siete Años, e incluso que la que había acaudillado la Confederación Germánica, y en él fué en aumento, hasta los últimos días del tercer Reich, la influencia de los pueblos rhenanos y aun de las regiones hanseáticas. Algo análogo se observa en la Italia unida y unitaria, fruto de un proceso histórico en el que la Casa de Saboya y el Piamonte desempeñaron los principales papeles; desde el primer momento de ese proceso de unificación se mostró la influencia piamontesa más vigorosa que la de las demás regiones de Italia, pero que no anulaba a las demás, y a partir de su culminación, o sea, de la entrada de los Bersaglieri, soldados piamonteses, por la Porta Pia, aumentó continuamente la influencia en la vida política de Italia de las regiones situadas al sur de la llanura padana.

Prueba del equilibramiento de la influencia política de las diversas regiones, independientes en época no lejana, de Alemania y de Italia, y del interés que en todas ellas han llegado a inspirar los problemas de la defensa nacional, o sean los que afectan a la

perduración histórica del Estado, o al menos los que lo hacen más directa y palpablemente, es el hecho de que en los cuadros permanentes de las fuerzas armadas alemanas, desde el nacimiento del Imperio a la desaparición de la Wehrmacht, y en las italianas hasta hoy, haya aumentado continuamente la proporción de los nombres no prusianos ni piemonteses hasta un punto que, en uno y otro país, habría sido inconcebible en 1870.

El grado de atractivo que la pertenencia a las fuerzas armadas ejerza en la juventud de un pueblo y la generalidad geográfica y social de ese atractivo, son pruebas claras y fehacientes del interés existente en tal pueblo por la vida del Estado, pues nada puede haber más estatal que las fuerzas armadas; esto no lo mide sólo el número de los que desean ingresar en los cuadros militares permanentes, sino que lo hace tanto, por lo menos, el de quienes aspiren a pertenecer a los cuadros no profesionales, ya que esto demuestra la conciencia del valor que tiene la preparación militar de la Nación.

Suiza prueba su solidez nacional, pese a la diversidad racial, lingüística y religiosa de su población, con la unanimidad en la incorporación a filas de los suizos, incluso de los que permanentemente viven fuera del territorio de la Confederación, y con el hecho de que sean muchos los hombres dedicados a actividades que nada tienen de catrenses que restan tiempo a esas actividades para dedicarlo voluntariamente al perfeccionamiento de su instrucción militar.

El valor de la extensión geográfica y social del reclutamiento de la oficialidad, núcleo fundamental de los cuadros permanentes de las fuerzas armadas, y de que de ella no puedan formar parte más que quienes estén firmemente ligados al Estado y al modo de pensar nacional, fué visto claramente por los hombres que decidieron, hace ya más de siglo y medio, la creación de la Academia Militar de West Point; por eso, adoptaron para la designación de los cadetes un sistema que puede parecer que estaba y que está aún, en pugna con las ideas imperantes en el país que se considera a sí mismo la patria de la igualdad y el modelo de las democracias: el nombramiento por los Senadores de los Estados. Con ello, se veda la exclusividad del reclutamiento de la oficialidad en unas regiones de la Unión o en unos sectores sociales o políticos determinados, y se imponen, sin nombrarlas, unas *pruebas de americanidad* que no son, al fin y al cabo, más que unas *pruebas de no-*

bleza adaptadas a las características políticas y sociales norteamericanas. Sistema muy semejante al que imperó en las Monarquías europeas del siglo XVIII, en las que el Soberano otorgaba las plazas de cadete entre las familias más fieles a él de todo el reino.

Inglaterra, en cambio, no vió la importancia política del reclutamiento de sus oficiales y no estimuló ni extendió el atractivo de de la pertenencia a la oficialidad por todo el Reino Unido. Quizá si no hubiera incurrido en el error político, mantenido durante muchos años, de oponer la traba insalvable de la religión a que los irlandeses católicos, o sean los auténticos irlandeses, ingresaran en la oficialidad de las fuerzas armadas británicas, Irlanda, que ha dado a tantas naciones europeas y americanas excelentes soldados profesionales, habría proporcionado al Reino Unido sus mejores militares, e Inglaterra e Irlanda marcharían unidas por la misma ruta histórica, sin que el nacionalismo irlandés representara para Londres más problema que el de Escocia o el de Gales.

LA REACCIÓN ANTE EL OBSTÁCULO MOMENTÁNEO

Ante la aparición de un obstáculo en las trayectorias históricas de varios Estados cuyo rebasamiento excede de las posibilidades de acción de cada uno, es instintivo que se unan para dominarlo, pero sólo la fuerza de las circunstancias puede llevarlos a la unión permanente, pues también es instintivo que los Estados, recelosos de ver mermadas sus atribuciones soberanas, se apresuren a separarse en cuanto creen rebasado el peligro que los unió. La constitución del reino castellano-leonés como nuevo sujeto político, de decisiva actuación en la reconquista peninsular y en la Historia española ulterior, fué una consecuencia del paralelo robustecimiento político del Jalifato, cuya consistencia política crecía día a día y que ya era capaz no sólo de conquistar, sino de conservar lo adquirido por las armas. Si la amenaza musulmana hubiese sido de acción esporádica, por fuerte que apareciera, lo probable es que no hubiera dado lugar más que a una agrupación momentánea, de tipo y fines exclusivamente militares, de los entes políticos cristiano-peninsulares, como ocurrió ante la invasión almohade, que constituyó un peligro gravísimo para ellos, pero no un peligro permanente, pues tras los guerreros almohades no marchaba un pueblo dispuesto a establecerse en las tierras con-

quistadas y a implantar una cultura, un modo de entender la vida; los almohades no eran más que una horda destructora.

Ante un peligro que no se considera permanente, o sea que se cree posible hacerle desaparecer por completo y continuar la vida política en una situación análoga a la de antes de su surgimiento, lo que se produce es la coalición, ente que no tiene una personalidad política total, pues limita y condiciona su existencia histórica a la superación de un obstáculo momentáneo, no regula jurídicamente más que su acción exterior, y sus miembros se mantienen ajenos unos de otros, o sea, que no constituyen un organismo superior, autorregulado y armónico. El fin de la coalición se produce naturalmente al solucionarse, favorable o desfavorablemente para ella, el problema que provocó su nacimiento, sin que tal fin produzca un vacío ni un desequilibrio políticos.

En lo que falla con frecuencia el cálculo que dió lugar a una coalición, no es en la apreciación de la consistencia militar del obstáculo, sino en las medidas de política interior que impondrá la lucha contra él, con frecuencia imprevisibles, y en la valoración de las raíces políticas y sociales que tal obstáculo tiene y de las consecuencias producidas por su actuación, aunque sea efímera, pues lo que ha existido en la Historia deja siempre una huella política, y borrarla no siempre es posible con los medios que se tenían antes del hecho.

REPERCUSIONES POLÍTICAS Y SOCIALES DE LA GUERRA

La guerra es el tema permanente de la Historia, pero su verdadera trascendencia no está en sus efectos devastadores ni en las mutaciones que produce en el mapa geográfico-político de su escenario, sino en su repercusión sobre la estructura de los entes políticos que toman parte en ella, al hacer cambiar el modo de pensar de los combatientes.

En la guerra, cada combatiente pasa a vivir de una forma distinta a como lo había hecho hasta entonces, con lo cual descubre en sí posibilidades y limitaciones que desconocía y que hacen nacer en él nuevas ideas respecto a sus derechos y a sus deberes, y contempla la sociedad de que procede desde un punto de vista totalmente nuevo; todo ello puede llegar a hacerlo un ser de difícil readaptación cuando llega el momento de incorporarse de

nuevo al puesto social que abandonó para tomar las armas, y tal fenómeno presenta caracteres tanto más acusados cuanto más distintas hayan sido sus funciones guerreras de las suyas habituales. Por eso, las luchas en que se han empleado únicamente soldados profesionales no han ocasionado conmociones ulteriores en los países contendientes.

Las guerras verdaderamente trascendentales son aquellas en las que los contendientes mantienen sistemas políticos totalmente diferentes edificados sobre bases culturales asimismo distintas, pues cada bando se siente atraído a la adopción de lo que se muestra útil en el campo contrario, que al ser implantado en un medio que no es el que lo produjo da lugar a efectos imprevisibles.

Además, en todas las guerras, los combatientes de cada bando se desvinculan de la sociedad de que proceden en el mismo grado que se compenetran con los hombres contra quienes luchan; ello llega a producir un cierto equilibrio de ideas y sentimientos en el campo de batalla y hace nacer una mentalidad colectiva supranacional, con frecuencia beneficiosa para la paz ulterior, pero amenazadora para la conservación de las estructuras políticas y sociales existentes cuando la lucha ha sido entre sistemas políticos totalmente opuestos.

Tales fenómenos se dan en todas las guerras, pues nunca son idénticos políticamente los contendientes, pero se muestran más acusadamente en las luchas que pretenden la destrucción de sistemas políticos para continuar, tras la victoria, viviendo como antes de la guerra.

Derrotado Napoleón, y con ello abatida la bandera revolucionaria que había hecho que Francia volviera a ser tan temida en Europa como en los días de Luis XIV, se deshizo la coalición que desde todos los puntos de la periferia europea había hecho converger sus esfuerzos en una de las palestras históricas del Continente. La Francia de Luis XVIII aparecía ante los Estados que acababan de luchar contra la Francia republicana y la napoleónica con la vieja fisonomía de la de los últimos monarcas de la casa de Borbón, o sea, que el nuevo estado de cosas representaba la vuelta a un equilibrio iniciado en Utrecht, por lo cual aquéllos no consideraron necesario, ni quizá conveniente, cambiar unas estructuras políticas que habían servido para recorrer, con relativa tranquilidad, tres cuartos de siglo, y se limitaron a una acción teóricamente supranacional de vigilancia de los brotes revolucionarios, la

cual carecía de la unidad de acción que había dado la victoria a los coaligados.

El cálculo, sin embargo, había sido erróneo, lo cual nada tiene de extraño, pues los hechos históricos casi siempre se valoran más acertadamente de lejos que de cerca. La amenaza de un renacimiento de la supremacía francesa en Europa indudablemente se había supervalorado, porque las posibilidades demográficas y económicas francesas no permitían mantener a Francia permanentemente en contra de un gran número de Estados europeos; en cambio, se infravaloró lo que el período revolucionario, y aún más el napoleónico, habían llevado a todos los países donde llegaron los soldados franceses y habían provocado en los demás.

No es que los integrantes de la coalición vencedora no hubiesen visto que el Imperio napoleónico no era otra cosa que la Francia revolucionaria salvada del desorden interior, en la cual aparecían unidos el afán de propagar la revolución y la ambición de supremacía política heredada de Luis XIV, ambos deseos en grado superlativo; el error de los vencedores estribaba en creer que su victoria militar, indudablemente rotunda, había sido un triunfo total, o sea, militar e ideológico, que hacía posible volver a la situación de un cuarto de siglo antes.

No lo era, y no sólo porque las ideas revolucionarias habían fructificado, con más o menos fuerza, en todos lados, incluso en sectores sociales que parecía que habían de haberse mantenido inmunes ante ellas, y esto planteaba problemas de orden público, pues aunque éstos no eran de fácil ni cómoda solución, sí eran asequibles a los medios con que contaban los Estados, sino porque la larga y dura lucha había producido unos efectos indirectos, inesperados y sorprendentes sobre el antiguo orden social y sobre los principios en que se asentaba que eran mucho más amenazadores que la revolución misma para la perduración de los viejos sistemas.

Francia, al enfrentarse con Europa entera en un momento en el que el ejército francés estaba debilitado al extremo por la situación interior del país, tuvo que recurrir a la leva en masa para levantar rápidamente otro ejército superior en efectivos al primero, procedimiento que no era nuevo, pero que hasta entonces no había tenido el sonoro nombre de *Nación en armas*, apto para ser enarbolado como bandera política; la mayor parte de sus adversarios tuvieron que hacer algo muy semejante, cada uno en la

forma más de acuerdo con la situación interior y con la mentalidad de su pueblo. Las consecuencias de tal hecho sí que fueron verdaderamente revolucionarias: cambiaron el concepto de la guerra y el de la política, y representaron un grave golpe para los antiguos sistemas dieciochescos, pero también para la revolución; lo cual nada tiene de extraño, ya que aquéllos y ésta no eran más que la cara y la cruz de un mismo fenómeno histórico.

Las masas francesas descubrieron lo que era verdad desde el comienzo de la Historia del mundo, lo que había dado a la pobre y pequeña Castilla medieval una personalidad política superior a la del extenso y rico reino astur-leonés; que sólo el ejercicio de las armas concede plenos derechos de ciudadanía; pero la realidad es que también lo descubrieron quienes lucharon contra Francia. Claro que tal verdad no la entendían los dirigentes políticos de la época, o quizá la entendían demasiado bien y temían que fuera aprendida por los pueblos; Robespierre, uno de los hombres más representativos de la revolución, sentía repulsión hacia quienes la defendían en las fronteras de Francia y aparentaba ostensiblemente ignorar la labor de Carnot, y aunque sin las taras patológicas que acentuaban todas las actitudes de Robespierre, de manera muy parecida pensaban Metternicht, Tayllerand y Castlereagh.

Pese al común criterio de los hombres de gobierno de los dos bandos en que aparecía Europa dividida, un nuevo tipo de ciudadano activo surgió en los escenarios políticos continentales: el ex-combatiente, el cual cerró la era política del XVIII e inició una nueva; plena de errores de todas clases y no más feliz que las anteriores, pero indudablemente distinta a ellas.

El único de los personajes del drama político europeo que mantuvo por completo su viejo sistema de reclutamiento, fué Inglaterra. Siguió nutriendo las filas de su ejército con soldados de oficio, y probablemente a no haber hecho nacer el tipo de ciudadano seguro de su ciudadanía adquirida en el campo de batalla debió el mantenimiento de una jerarquización social rígida que hizo posible la relativa tranquilidad del desenvolvimiento político inglés a lo largo del siglo XIX. Claro que Inglaterra había aprendido la lección en el XVII.

La oficialidad existente en Francia al iniciarse la revolución perdió en ella una buena parte de sus efectivos, pues muchos oficiales emigraron y otros muchos cayeron víctimas de la persecu-

ción política. Quizá fué el grupo más numeroso el que continuó en las filas del nuevo ejército y sobrevivió por estar alejado del centro de la tormenta revolucionaria, pero no era suficiente para mandar las tropas puestas sobre las armas ante la necesidad de luchar contra toda Europa, aparte de que las masas revolucionarias deseaban apoderarse inmediatamente de unos puestos que, si no de una manera absoluta, habían estado vedados a las clases sociales inferiores en los tiempos anteriores a la revolución. Por ello, primero con una idea estrictamente revolucionaria para la designación de los oficiales: recompensa a la intervención en los disturbios iniciales o elección por los soldados, y luego de una forma más sistemática: obtención de la preparación técnica adecuada, Francia reclutó oficiales en gran número, todos ellos hijos espirituales de la revolución. Pese a su origen, la nueva oficialidad mostró en seguida que tenía una personalidad que le hacía sobrevivir a las mutaciones políticas más rotundas; Luis XVIII tuvo que mantener en sus puestos a los oficiales que habían adquirido sus empleos luchando contra lo que él representaba, e incluso se apoyó en ellos, sin que siquiera intentara reinstaurar el sistema de reclutamiento de oficiales anterior a la revolución; el derecho de todos los ciudadanos al arribo a la oficialidad era una de las conquistas indiscutidas de aquélla.

Un fenómeno muy semejante, aunque su desarrollo fuera menos espectacular, se dió en los países que lucharon contra Francia, especialmente en sus dos más firmes contendientes: España y Prusia, donde la Nación en armas tuvo mucha mayor realidad que en Francia misma. La lucha contra Napoleón abrió las puertas de grandes sectores de la oficialidad española a quienes unos años antes no habrían podido aspirar a pertenecer a ella, y en Prusia, Scharhornst, frío y realista organizador, suprimió las trabas genealógicas para el ingreso en la oficialidad y dió a ésta un firme espíritu estatal y la preparación técnica adecuada a las nuevas características de la guerra.

En todos los países, la nueva fisonomía de la oficialidad implicó un cambio de notoria importancia en la vida política interior, pues los oficiales, incluso los nacidos en las clases sociales que poco tiempo antes tenían la exclusividad en proporcionarlos, eran hombres de su tiempo y no se sentían vinculados a los Monarcas en el mismo grado que lo habían estado sus antecesores.

Prueba de ello es lo ocurrido en España en 1822. La Guardia

Real, en cuya oficialidad figuraban los nombres de las más ilustres familias españolas, se sublevó contra la caótica situación política imperante y en apoyo de Fernando VII, pero con la promesa previa de éste, probablemente poco sincera, de mantener en España un régimen constitucional que impidiera el desorden, pero que impidiera también la vuelta al antiguo sistema.

En el único país donde la oficialidad siguió sintiéndose más vinculada al Monarca que al Estado, fué en Austria, y esto, que durante muchos años fué la base de la estabilidad política del Imperio, constituyó su mayor desgracia al final de la primera Guerra Mundial, pues al caer el Emperador, tanto la oficialidad austriaca como la húngara se desmoronaron por completo y no supieron reaccionar contra la desaparición de lo que constituía la piedra clave del edificio europeo. Eso contrasta con la conducta seguida por los oficiales de la Reichswehr que, a las órdenes de V. Seeckt, siguieron trabajando para Alemania, aunque en ella ya no reinaran los Monarcas que habían proclamado el Imperio en alemán en Versalles.

La revolución, al derribar el milenarismo trono francés y lo poco que ya quedaba de la vieja estructura señorial que debía haber sido su basamento, pero que los propios Monarcas habían debilitado, y al hacer surgir en la población de Francia nuevos vínculos jurídicos políticos y civiles, dió lugar a la aparición en ella de un nacionalismo territorial, nueva forma del patriotismo que vino a sustituir al sentimiento de fidelidad a un jefe, idea germánica sobre la que se asentaban las Monarquías de origen medieval; pero lo cierto es que el nuevo patriotismo, casi con idénticas características, surgió en los pueblos que luchaban contra la Revolución, en parte por esa especie de ósmosis política que se produce en todas las guerras, y en parte, también, por el temporal alejamiento de sus tronos de muchos Monarcas europeos.

Ese nacionalismo territorial, cuya raíz quizás está en la adquisición de personalidad política de las masas populares autóctonas de los países y en la paralela pérdida de su preponderancia, asimismo política, de los sectores sociales superiores, germanizados en más o menos grado y por ende impregnados de la idea germánica de la tribu nómada capaz de establecer el Estado en cualquier escenario geográfico, trajo consigo un deseo de reajuste político-territorial que se propagó incluso en los países para los que implicaba la desmembración.

El nuevo concepto del patriotismo, cuyo primer brote se había manifestado en Norteamérica y tuvo la mejor acogida en Monarquías europeas que basaban su existencia en el concepto contrario, amenazaba la existencia de los entes políticos de complejidad geográfica y en otros casos tendía a unir a los grupos humanos de afinidad más o menos real establecidos en una misma región, por cima de unas fronteras que ya no eran más que límites jurisdiccionales de unos Monarcas que ya no inspiraban el sentimiento de obediencia a toda costa más que en sectores sociales muy poco extensos y cada vez menos influyentes políticamente.

La propagación del nuevo concepto del patriotismo no fué instantánea ni se verificó sin luchas, pero sí más rápida que lo había sido la de ninguna otra novedad ideológica, y la acogida que tuvo resulta asombrosa para quien la observa desde el momento actual, pues pese a que estaba en pugna, al menos en muchos casos, con los principios básicos del orden establecido y acatado desde hacía siglos, arraigó en grandes sectores sociales que debían de haber estado firmemente imbuídos del anterior concepto del patriotismo.

Beresford, tras su fracasado ataque a Buenos Aires, manifestó su asombro y su admiración por la lealtad de la población del Virreinato del Plata a la corona española; a los pocos años, muchos hombres de aquellas tierras, todos ellos racial y culturalmente españoles y entre los cuales había un gran número de los que a las órdenes de Liniers rechazaron a Beresford, se alzaron contra la unidad española y fusilaron a su antiguo jefe. El caudillo más destacado de la rebelión era un oficial español que había sido seducido y adoctrinado por Beresford y que acababa de luchar en los campos de batalla peninsulares contra Francia; Liniers, en cambio, era un francés al servicio de España. Claro que la emancipación de América fué una guerra civil entre españoles en la que triunfaron los anglosajones.

La transformación geográfico-política a que dió lugar la generalización del nuevo concepto del patriotismo no se hizo sin lucha, sino tras duras y largas contiendas en las que se probó el arraigo que tenía la vieja idea en todos los países a los que afectó la tormenta política. Fueron muchísimos los hombres que cayeron en el campo de batalla en holocausto a la lealtad y aun los individuos aislados y los grupos humanos que, ya vencidos y sin esperanza de regreso, abandonaron sus hogares para marchar a la

pobreza, sin más premio que la seguridad de morir bajo la bandera en que habían nacido; los colonos de la Nueva Inglaterra que emigraron al Canadá para no dejar de ser ingleses, los criollos que marcharon a la Península por sentirse vinculados a una patria que ni siquiera conocían, los voluntarios macabeos que dejaron para siempre las bellas islas del Pacífico para ir a embeberse en una sociedad tan distinta a la suya como la peninsular, constituyen la prueba de que quienes son leales a sus principios saben afrontar, en homenaje a ellos, la impopularidad en sus países de origen y el olvido de su actitud en los que se benefician con ella.

JALONAMIENTO DE LA HISTORIA POR LOS CAMBIOS OPERADOS EN EL CONCEPTO DEL PATRIOTISMO

El patriotismo es un sentimiento, innato en el hombre, de defensa de lo que considera sustancial para la perduración de la personalidad política del grupo humano al que se siente ligado. Por eso, los hechos históricos de mayor trascendencia política son aquellos que dan lugar al nacimiento de un nuevo concepto del patriotismo, pues producen en los pueblos un deseo vigoroso de dar personalidad política a unos grupos humanos que no se corresponden con los que hasta entonces tenían esa personalidad.

El gran drama de la Historia, que es el relato de la marcha de la humanidad por el tiempo y cuyo argumento es la búsqueda por los hombres de la felicidad social, está dividido en jornadas en las cuales los entes políticos, de estructuras sentidas y amadas por sus componentes porque creen que se ajustan a sus necesidades de convivencia y hacen posible la satisfacción de sus aspiraciones inmediatas, luchan entre sí por las riquezas del mundo y por la primacía en el conjunto; cuando los hombres creen haber descubierto que esas estructuras políticas no se ajustan a sus necesidades ni son capaces de arrollar los obstáculos que se oponen a su desenvolvimiento, se sienten desvinculados de ellas, y la conmoción ocasionada por un guerra les hace despertar el deseo de marchar en busca de nuevas posturas políticas, destrozando cuanto de bueno y de malo, de útil y de inservible, hay en las hasta entonces existentes.

Luchas durísimas que costaron cientos de millares de vidas humanas y destrozaron inmensas riquezas, no causaron daños irre-

parables ni aun en los entes políticos que fueron derrotados en ellas, sino que tras la derrota continuó su desenvolvimiento histórico por los mismos cauces, aunque en un territorio más reducido y ajustada a unos recursos económicos menores; por el contrario, en otras contiendas, a veces menos duras que aquéllas, incluso los vencedores han sido vencidos por un morbo interior que estuvo dormido hasta que lo despertó el fragor de la lucha.

Los males políticos tienen, como los de los seres vivos, su sintomatología, y el índice del grado en que una guerra encierra la amenaza de causar la aparición de un morbo político gravísimo no está en su dureza ni en su duración, sino en que en ella aparezcan los fenómenos que indican la desvinculación de un pueblo de su estructura política: los que, con arreglo a la terminología usual en la actualidad, se denominan el *colaboracionismo* y el *paso al bando contrario* en la batalla. La frecuencia de esos fenómenos, la reacción que producen en el pueblo en el que aparecen, y la acogida que tienen en aquel al que benefician, miden hasta qué punto la guerra es simplemente una lucha entre Estados o encubre un proceso de descomposición de los entes políticos participantes en ella, capaz siempre de extenderse a los que no tomaron parte en la contienda.

En la primera Guerra Mundial, los ejércitos de Alemania y de Austria-Hungría ocuparon inicialmente países enteros y grandes extensiones de otros, pero aunque los conceptos políticos y sociales que imperaban en los dos Imperios diferían realmente muy poco de los mantenidos por sus adversarios, o quizá por eso, no hallaron masas, y puede decirse que ni aun individuos aislados, que se unieran a los ocupantes y desarrollaran sus programas políticos. Realmente, ni éstos se atrevieron a desarrollar una labor de captación, ni mucho menos de asimilación, en los terrenos ocupados, conscientes del fracaso a que habrían llegado, pues aun los intentos de dar a Polonia y a las regiones relativamente germanizadas de Rusia una autonomía dentro de la órbita política alemana, no llegaron a tener realidad y no encontraron una acogida entusiasta en aquellas tierras, pese al irredentismo existente en ellas.

Lo mismo les ocurrió a los vencedores cuando, tras la victoria, ocuparon extensas zonas de los países vencidos. Las tropas francesas de ocupación de Rhenania, a pesar de estar mandadas por el general Magín, uno de los pocos hombres de verdadero

espíritu europeo de la Francia de entonces y probablemente el general de más sentido político de su ejército, no encontraron apenas quienes colaboraran con ellas, aunque estaban en la región menos prusianizada de Alemania, y no cabe atribuirlo a los atropellos de Düsseldorf y de otros lugares, pues mayores se han realizado tras la segunda Guerra Mundial y la colaboración política de los alemanes con los vencedores ha sido muy distinta a la de entonces. Los ingleses y los americanos, más soportables que los franceses como ocupantes, puede decirse que dejaron Alemania tras haberla ignorado y ser ignorados por los alemanes; probablemente, más ajenos aún al odio y al afecto alemán que los propios franceses. Aún es más destacado el caso de los rumanos en Hungría: nada quisieron los húngaros con ellos, y eso que ni siquiera fueron allí como ocupantes, sino para ayudar a la población contra la terrible tiranía comunista de Bela Kun, aunque quizá Rumania encubriera con esa ayuda unos deseos de mayor alcance.

Tampoco se dió apenas el *pasado* en aquella guerra; sólo algunos cientos de soldados bohemios del ejército austriaco se sintieron atraídos por la llamada de Masaryk para constituir un embrión del ejército checo, o sea, que aun para esos hombres era el nacionalismo lo que les impulsaba a abandonar su campo y pasar al contrario, pero de ello los aliados no hicieron casi un uso propagandístico, pues el hecho no tenía simpatía ni en el bando que se beneficiaba con él.

En el escenario de esa primera Guerra Mundial en el que se dieron con gran frecuencia el *colaboracionista* y el *pasado*, fué en Arabia, y es que allí la guerra era otro distinta a la europea, aunque ambas coincidieran en los fines estratégicos, pues Turquía no era un Estado nacional, sino un Imperio sin más vínculo que el religioso, el cual se debilitaba día a día por la falta de unidad del Islam, sin ser sustituido por un aglutinante político, pero cuando la Turquía súbita y enérgicamente nacionalizada por Atatürk, se enfrentó con Grecia, dejaron de haber *colaboracionistas* y *pasados*, y los griegos aprendieron, al precio de derrota, que era imposible de construir el Imperio bizantino.

La falta de síntomas de descomposición política en los beligerantes respondía a la realidad. Tras la guerra el mapa político del mundo sufrió grandes modificaciones: se fraccionaron Estados cuya existencia databa de siglos y que los hechos posteriores han demostrado que eran imprescindibles para la paz, adquirieron per-

sonalidad política independiente regiones que los vencedores, con notable desconocimiento de la Historia y de la Geografía, consideraban naciones sojuzgadas, cambiaron de poseedor territorios coloniales, con lo cual los Estados ricos se hicieron más ricos y la raza blanca vió disminuído su prestigio ante los pueblos coloniales al mostrarles sus diferencias internas, y se movieron muchas fronteras, pero continuó vigente el sistema político imperante antes de la contienda; incluso hubo Estados vencidos que robustecieron su solidez política.

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL, COMIENZO DE UNA JORNADA DE LA HISTORIA

La segunda Guerra Mundial ha sido, en cuanto a sus consecuencias políticas, muy distinta de la primera; las repercusiones de ambas son tan diferentes entre sí como lo fueron para España las de la Guerra de Sucesión y las de la lucha contra Napoleón. España, vencida y mutilada en Utrecht tras una lucha por la sucesión del Trono que había producido una enorme desorientación en la Península, continuó ejerciendo su función rectora sobre los reinos de Ultramar, sin que en ellos se diese un solo caso de intento, ni aun de deseo, de segregación, aunque el desarrollo cultural y económico alcanzado por los reinos ultramarinos no era inferior al de la España peninsular, y en algunos casos era superior; un siglo después, vencedora España en su lucha contra Napoleón y restaurado un Monarca cuyos derechos nadie discutía, la casi totalidad de los territorios españoles de América se desgajaron de la Corona de Castilla, bajo el imperativo de una idea secesionista cuyo nacimiento ya había sido advertido unos años antes por Floridablanca y por Godoy, pero que había necesitado oír el lejano cañoneo de la batalla peninsular para dar frutos políticos.

Tras la segunda Guerra Mundial, terminada con un triunfo de las Naciones Unidas más rotundo que ningún otro de la Historia, los vencedores, los vencidos y aun una gran parte de los Estados que no tomaron parte en la contienda, han visto con estupor que la lucha ha dado vigor político a unos vínculos supranacionales que indudablemente existían antes de ella, pero que no se pensaba, o al menos no lo creían así los hombres de gobierno, que

podrían discutir la primacía al sentimiento nacional en la jerarquía de los vínculos espirituales de los hombres.

Cierto es que el tercer Reich y la U. R. S. S. habían entrado en la guerra enorbolando unas banderas ideológicas, distintas entre sí, pero ambas en pugna con las concepciones políticas de los demás beligerantes, oficialmente aliados del uno o de la otra y realmente enemigos de ambos, mas también lo es que el resto de los participantes en la contienda luchaban para mantener los sistemas políticos establecidos, que se consideraban, como ocurre siempre, definitivos y perfectos, y que en ellos, el comienzo de la lucha fué precedido de manifestaciones de entusiasmo nacionalista, en la mayor parte de los casos sincero, muy semejantes a las que se oyeron en la primera Guerra Mundial y aun en la de 1870.

Esto nada tiene de raro, pues las grandes rebeldías de la Historia, las que han dado al traste con sistemas establecidos, o al menos les han infligido enormes daños que han cambiado el rumbo de la Historia, han comenzado siempre por una afirmación de los rebeldes de fe en lo existente y de deseo de defenderlo contra los enemigos exteriores o interiores. Lutero hizo constar su acatamiento a la Silla de San Pedro al dirigirse a León X, y los rebeldes de todos los países de la América continental comenzaron las rebeliones con protestas de adhesión a los respectivos Reyes, y no hay por qué creer en una falacia unánime, especialmente en el caso de América, habida cuenta de las grandes diferencias que había entre los iniciadores de los movimientos secesionistas y de la dificultad con que tropezaban para mantener comunicación unos con otros; lo que ocurrió entonces, como volvió a ocurrir al comienzo de la segunda Guerra Mundial, fué que las ideas de las que se alardeaba no constituían ya el esqueleto ideológico de las sociedades, sino que formaban un caparazón bajo el cual estaba formándose otra osamenta ideológica, dispuesta a hacerse sentir en cuanto ese caparazón sufriera los golpes de una lucha. Lo que se fraguaba, no era sentido claramente ni por quienes lo llevaban dentro de ellos, porque no se había mostrado aún en la superficie; lo que estaba en el caparazón se veía perfectamente y brillaba con gran fuerza, precisamente por su superficialidad.

Durante el primer período de la guerra, o sea, en la época en que la Wehrmacht ocupaba varios países de Europa, tras una fulminante victoria militar, el *colaboracionismo* fué tan corriente en ellos que ha dado lugar al vocablo en cuestión, que pese a su

novedad y a su falta de abolengo filológico se ha incorporado al léxico político universal. La frecuencia del fenómeno tiene una explicación inmediata en los pueblos nórdicos, pueblos donde el catolicismo apenas existe y aun la religión evangélica no pasa de ser el nombre de una caduca institución estatal, que sienten naturalmente un racismo de tipo nietzchiano que les hace sonar con un Walhalla, terreno reservado a los rubios, pero la realidad es que el *colaboracionismo* se dió con notoria frecuencia e intensidad en Francia, en el país donde es más vivo el sentimiento antialemán, y no cabe atribuirlo a cobardía, al menos en la mayor parte de los casos, pues fueron *colaboracionistas*, y aun *colaboracionistas* activos, hombres de probado valor personal que en las guerras mantenidas por Francia, incluso en la segunda Guerra Mundial misma, habían demostrado la fuerza y la sinceridad de su patriotismo, y algunos de ellos, además, habían militado en las filas de los partidos políticos franceses de más acusado tinte nacionalista. La raíz del fenómeno hay que buscarla en el origen de ese nacionalismo, que probablemente no es el mismo que descubrió Goethe en Valmy, sino otro nacido hace poco más de medio siglo como resultado de aquel triste «asunto Dreyffus» que dividió a los franceses en dos bandos irreconciliables que no se correspondían con los escalones de la jerarquía social ni con la clasificación por partidos políticos; era un nacionalismo que entendía mejor a Gobineau que a Danton; era un nacionalismo *franco* y no *francés*. Probablemente, los *colaboracionistas* franceses odiaban a los alemanes, pero los consideraban sus liberadores raciales; también los *afrancesados* españoles detestaban a los franceses, pero deseaban que España ajustase su vida a las ideas políticas proclamadas por Francia.

Al cambiar los vientos de la guerra y después de ella, las Naciones Unidas encontraron *colaboracionistas* en los países ocupados por sus tropas, desde el primer momento de la ocupación. En Alemania, principal personaje político y militar del bando contrario a aquéllas, fueron muchos los alemanes, y alemanes patriotas, quizá los de patriotismo más tradicionalmente alemán, que vieron en los invasores a quienes venían a librarlos del yugo nazi, sin que por eso dejaran de ver en ellos a los tiránicos ocupantes de su suelo. El *colaboracionismo* alemán occidental fué igual, y de signo contrario, al francés.

Algo semejante, aunque no idéntico, se advierte en los escenarios de la guerra en que ha intervenido la U. R. S. S. Millares de

rusos abandonaron las filas de la Krasnaja Armia para pasar a los territorios ocupados por la Wehrmacht, no por un imperativo racista, sino en busca de una vida libre de la tiranía soviética, pero también fueron muchos, aunque menos en número, los alemanes que sintieron el atractivo del comunismo, especialmente cuando fueron adoctrinados en él durante su cautiverio en la U. R. S. S., y no eran todos ellos proletarios, sino también oficiales de formación prusiana que creían que el comunismo podía dar a Alemania la rígida disciplina social que necesita y que la derrota amenazaba con destruir. Después de la guerra la U. R. S. S. encontró en Alemania sinceros y entusiastas *colaboracionistas*, y puede decirse lo mismo o muy parecido: no solamente en las masas que desde mucho tiempo antes habían recibido la siembra ideológica marxista, sino en muchos de los antiguos nazis, que se creían ellos mismos fervientes nacionalistas alemanes y lo que realmente eran es enemigos de los sistemas políticos existentes, incluso del alemán.

En Alemania, y aunque en menor grado en sus aliados, ya durante el periodo de triunfos rápidos y brillantes de sus armas se mostró el absoluto antagonismo que existía entre quienes sentían el patriotismo nacionalista y los que anteponían a todo la ideología de los partidos políticos dirigentes, y los primeros, con frecuencia, sinceros patriotas, experimentaban una indudable simpatía por sus adversarios. La Wehrmacht, sucesora inmediata de la Reichswehr de V. Seekct y heredera del ejército imperial, la institución más estatal del Imperio, se sentía ajena a la S. S., y no es que las despreciara, pues tales tropas tenían un valor combativo que en nada desmerecía del de las de la Wehrmacht y en algunos casos lo superaba, es que los militares y los hombres de la S. S. no podían entenderse: los unos y los otros tenían la sensación de servir a Alemaniás distintas. Ello explica, aunque no justifica, la rebelión contra el Führer de un grupo de oficiales, ocurrida en plena guerra, y el intento de entendimiento de otros con el enemigo; hechos que parecían inconcebibles en el ejército alemán.

El castigo que han impuesto los vencedores, y los vencidos mientras no lo fueron, a los colaboracionistas y a los pasados ha sido durísimo. Sobre ellos cayó el peso de las más severas leyes castrenses y aun de leyes especiales de carácter político destinadas a reprimir tales delitos, pero la realidad es que la repulsión social

hacia éstos no se ha correspondido con la fuerza del castigo legal. Prueba de ello es el nacimiento de los dos vocablos, *colaboracionista* y *pasado*, para designar a quienes unos años antes habrían sido llamados traidores; inconscientemente, los pueblos y aun los Estados, han reconocido la realidad de una nueva jornada histórica, como la reconoció Morillo al admitir la entrevista de Costa Firme.

Tras la guerra, calmados los ánimos excitados por la lucha y desaparecida o dulcificada la dureza de la represión, en el mundo entero se muestra la fuerza que ha adquirido un nuevo vínculo político supernacional, que tiene muchísimos y variadísimos aspectos, al que cabe denominar, aunque la expresión no sea muy precisa, *patriotismo ideológico*, compatible con el nacional y aun robustecedor de él si conduce a la constitución de entes políticos superiores que engloben a los existentes para enfrentarse con los nuevos problemas históricos, pero abiertamente enemigo suyo cuando implica la vinculación de los hombres a grupos políticos que no pueden adquirir plena personalidad más que a costa de la destrucción de las estructuras políticas existentes; en este caso, los Estados se ven amenazados por una *invasión vertical*, según la expresión con que definió otro fenómeno histórico distinto, pero en algunos aspectos semejante. Walter Rathenau, uno de los más agudos observadores de las sociedades inmediatamente posteriores a la primera Guerra Mundial.

Puede decirse que ya no existen quienes sueñen con el racismo germánico y consideren a Rossemberg como el Profeta que anunció la era del germanismo y a Hitler como el hombre providencial que se sacrificó por su implantación, pero la semilla racista ha sido esparcida por el viento sobre el mundo y ha llegado a tierras tan lejanas como distintas de las selvas de Germania, y ha dado unos frutos que en unos casos habría llenado de alegría a los inventores de la ideología y en otros los habría aterrado; y es que las semillas ideológicas, como las materiales, al ser trasplantadas a nuevos terrenos pueden dar cosechas ubérrimas, pero también pueden producir frutos monstruosos.

Lo mismo que en los finales del siglo XVIII y en el principio del XIX los nacionalismos se disfrazaban de sentimientos de lealtad a los Monarcas, muchas veces inconscientemente, hoy los sentimientos racistas se disfrazan de nacionalismo, porque éste ya es

lo viejo, lo consolidado, el sentimiento que el mundo entero admite y respeta.

Los pueblos musulmanes están hoy empeñados en una lucha contra los Estados occidentales para borrar los vínculos coloniales que se mantienen, extremadamente debilitados, entre algunos Estados europeos y algunos de ellos. En todos los pueblos islámicos, son constantes las invocaciones al patriotismo nacional, a un patriotismo que, por estar ligado al suelo que se pisa, no puede ser el mismo en las orillas del Atlántico que en las islas del Pacífico, al norte del Caspio o en el Senegal. Lo que ha surgido en esos pueblos es un *patriotismo ideológico* que en principio podría parecer basado en un común sentimiento religioso, pero que no es sino un *patriotismo racial*, en primer lugar porque, aunque tales pueblos sean denominados musulmanes, distan mucho de tener sólo musulmanes en su seno, incluso existe el Líbano que es en gran proporción católico moronita, y en segundo lugar porque el Islam carece de una sólida unidad doctrinal, y en cambio se caracteriza, al menos en la época moderna, por su endogamia y por su repulsión al proselitismo, que son las mayores pruebas de espíritu racista que pueden darse.

El *patriotismo racial* es un fenómeno aún más claro en Asia, donde no existe el menor asomo de unanimidad religiosa, pero sí un vínculo racial, quizá poco sólido para la Antropología, más real para la Política, pues la realidad política de una raza se basa en que un grupo humano crea firmemente pertenecer a ella, y los pueblos amarillos se consideran pertenecientes a una perfectamente definida. Mucha menos unidad racial que ellos tienen los musulmanes y para la política constituyen una raza.

La batalla en el Pacífico hizo despertar ese *patriotismo racial* amarillo, que naturalmente ya existía y había probado su fuerza en varias ocasiones, pero que sólo tras el fugaz período del auge nipón en el Pacífico se generalizó y adquirió características de vínculo político, tan fuerte que se sobrepuso a los odios que había dejado la lucha.

El dominio japonés sobre otros pueblos del Pacífico se caracterizó por su dureza, mucho mayor que la ejercida por los Estados occidentales; los japoneses se hicieron, indudablemente, odiosos por su conducta, pero la admiración hacia el Japón, hacia la potencia amarilla que había vencido a los colonizadores y que había sabido asimilar la civilización de los blancos sin someterse a ellos,

creció y se extendió en los pueblos que se consideraban de su misma raza. La fuerza del *patriotismo racial* que nació de esa admiración, como una consecuencia previsible e inevitable, se muestra en el hecho de que, en todos los países que fueron escenarios de la lucha, destacados *colaboracionistas* con los japoneses hayan tenido que ser respetados por los vencedores en la batalla y aun algunos de ellos ocupen puestos de gobierno en sus países, y se muestra, también, en que el Gobierno de Formosa, nacionalista chino más que racista amarillo, participe en la victoria sobre el Japón y sin la menor tacha de *colaboracionista* con él, se sienta aislado en el mundo asiático y sea acusado, más o menos explícitamente, de *colaboracionista* con Occidente.

Quizá pueda parecer que ese odio a lo occidental y ese sentido de la solidaridad racial ha existido siempre en los pueblos amarillos y la falta de fuerza de éstos hacía que aquél no se tradujera en hechos, pero nada hay más lejos de la realidad. El odio y el desprecio hacia los blancos han existido siempre en China, pero no eran menores los que experimentaban hacia los demás amarillos, y los filipinos, en cambio, a nadie despreciaban más que a los chinos.

El Japón, hoy cabeza consciente de serlo del mundo amarillo, en todo el período histórico que comienza con la llegada a la tierra japonesa del Comodoro Perry y casi llega a 1932, odiaba y admiraba a los blancos, mientras que odiaba y despreciaba a los amarillos, y no se sentía ligado con ellos por un vínculo de solidaridad geográfica de mayor consistencia que el que actualmente pueda existir entre el Canadá y los indios de la Puna y del Chaco. Prueba de ello es que el Japón se unió a los Estados occidentales en todas las intervenciones que éstos llevaron a cabo en China, las cuales implicaban una verdadera vejación para el núcleo más importante y numeroso del mundo amarillo.

La ausencia de *patriotismo racial* se mostraba aún más claramente en Filipinas, donde la población llegó a americanizarse extremadamente, sobre todo en los sectores sociales de mayor preparación intelectual, o sean los más propicios a dejarse ganar por la idea racista, que hoy es la primera en la jerarquía de sus sentimientos. Los primitivos nacionalistas filipinos eran antiespañoles, pero eran aún más antijaponeses, y eso se muestra claramente en la conducta de Rizal, una de las figuras más dignas de estudio de los que se alzaron contra el Imperio español en los reinos de Ul-

tramar. Rizal era un nacionalista, y llegó un momento en que sintió tanto horror al ver que su obra revolucionaria llevaba fatalmente a Filipinas a someterse al Japón, primero cultural y luego políticamente, que intentó marchar a Cuba para combatir a favor de España como médico auxiliar de su ejército. No pudo hacerlo y fué condenado y fusilado, pese al informe en contra del general Polavieja, y en cambio fueron indultados otros rebeldes nacionalistas que habían actuado políticamente al lado de Rizal. Quizá entre los *colaboracionistas* con los japoneses en la pasada guerra se encuentre el nombre de alguno de los indultados, pues el nacionalismo de una generación se transformó en la siguiente, en racismo. Al arriarse la bandera española en los fuertes de Manila, se firmaba la orden de expulsión de los blancos de las tierras del Pacífico que no estuvieran dominadas exclusivamente por ellos. El Presidente Mac Kinley creyó que había ganado un archipiélago para los Estados Unidos y lo que había hecho es perder una parte del mundo para Occidente.

Desde el punto de vista político, el racismo es una actitud estratégica defensiva que da lugar a actuaciones tácticas ofensivas: defiende y depura lo que políticamente domina, pero no puede conquistar nuevos núcleos humanos, pues está en su esencia la idea de no asimilar. Ello hace que toda postura política racista provoque el nacimiento de otra análoga frente a ella.

Eso se muestra claramente en Norteamérica, y más claramente aún en Africa del Sur, en relación con los problemas políticos planteados por la existencia en esos dos países de grandes núcleos de gente de color, especialmente de negros. Tales masas de color, sobre todo en Africa del Sur, no han alcanzado el nivel cultural medio de las poblaciones blancas, por lo cual éstas les niegan la plenitud de derechos políticos, cuyo ejercicio consideran que daría lugar muy pronto a un derrumbamiento de las estructuras políticas establecidas, o por lo menos a una transformación radical que las desvirtuaría en su esencia, pues esos pueblos de color son mucho más prolíficos que los yankees y que los afrikanders y en pocos años podrían imponerse políticamente a los blancos, por superarlos en número; pero al serles negados los derechos políticos se les dispensa, implícitamente, del patriotismo, y como éste es un sentimiento natural en el hombre, ha de aparecer en esas masas de gente de color en forma de *patriotismo racial*, no peligroso de momento, ya que se trata de masas incultas y carentes de con-

ciencia política, pero que puede ser el estribo en que se apoye otra ideología extremadamente seductora para los que se consideran preteridos política, social o económicamente: el comunismo, la mayor amenaza que pesa sobre el mundo actual.

El caso del A. P. R. A. comprueba la amenaza de la aparición de tal proceso. Aunque en el Perú no existen limitaciones a los derechos de todas clases de los indios, por el hecho de serlo, la realidad es que el bajo nivel cultural de los habitantes de las zonas del interior del país, especialmente del Altiplano, donde el crecimiento de la población blanca es prácticamente nulo y el de la india rapidísimo, les veda la incorporación a la vida política peruana y las aparta del sentir político de los sectores sociales dirigentes. El resultado ha sido el nacimiento de una ideología confusa, con la falta de contorno preciso de toda ideología naciente, pero extremadamente peligrosa para el edificio político peruano, pues engloba ideas racistas, principios comunistas y sentimientos de repulsión hacia quienes dirigen, a las orillas del Pacífico, la vida política peruana.

La ideología pura es un producto de laboratorio, sólo la sienten los teóricos y no puede ser asimilada por los pueblos. Los grupos humanos, con o sin personalidad política, únicamente acogen una ideología y lanzan sus esfuerzos a la lucha para llevarla a la práctica cuando ampara sus deseos inmediatos de mejoramiento espiritual o material. Por eso, todo *patriotismo ideológico* es complejo.

El comunismo, idea antinatural, necesita otra que la haga asimilable, que actúe como portadora del germen, y así aparece en Rusia unido al deseo de invasión del Occidente, innato en el hombre de la estepa, en los pueblos de color mezclado con aspiraciones racistas, en algunos de Occidente como apoyo de nacionalismos aldeanos, y en diversos sectores sociales de países de todo el mundo como escalón para el mejoramiento económico o para la satisfacción de resentimientos; por eso es un gran error creer que el comunismo sólo puede prender en las masas obreras, pues a diario se ve que existen hombres pertenecientes a sectores sociales alejados de los obreros que se manifiestan fervientes comunistas, y aún es mayor error considerar que los obreros son necesariamente comunistas: la Guerra de Liberación española y muchos hechos acaecidos después de ella en el mundo entero, han probado lo contrario.

Ese carácter de idea parásita que tiene el comunismo, hace que sus triunfos no sean definitivos, pues tras éstos surge siempre la pugna entre él y las ideas que le sirvieron de vehículo. Eso se ha mostrado primeramente en China y más tarde en cuantos países europeos han caído bajo el dominio de la U. R. S. S., e incluso había aparecido, aunque menos claramente, en la España roja y en los grupos de rojos desterrados y diseminados por Europa y por América.

LAS IDEOLOGÍAS POLÍTICAS POSITIVAS DEL MUNDO ACTUAL

La enorme conmoción causada por la segunda Guerra Mundial ha dado fuerza a varias actitudes ideológicas amenazadoras para las estructuras políticas existentes, pero también ha vigorizado otras que no es que sean defensoras de cuanto existía en el mundo al comienzo de la lucha, pero sí la salvaguardia de lo sustancial para la vida del mundo civilizado.

En primer lugar hoy existe una conciencia política europea que indudablemente hubo en otros tiempos, aunque no tuviera tal nombre, y que culminó en el Imperio de Carlos V, pero que antes de la segunda Guerra Mundial no tenía la menor realidad, ni nadie pensaba que pudiera llegar a tenerla. Las herejías, especialmente las de Lutero y Calvino, y la perenne acción disociadora francesa, impidieron durante siglos el acercamiento de los Estados europeos para otros fines que para constituir fugaces coaliciones destinadas a la lucha en Europa misma, tanto que el nombre de Europa ha evocado siempre el de un campo de batalla de los propios europeos.

Desde la toma de Budapest a los turcos, no ha existido una amenaza exterior para Europa, o al menos no ha sido tan palpable que obligara a constituir coaliciones permanentes, o al menos duraderas, capaces de hacer nacer una conciencia política europea. La aparición de la amenaza rusa, que es una amenaza permanente y que lo es en dos aspectos: como potencia ávida de dominio y poseedora de unas fuerzas armadas poderosas alimentadas por una sólida base estratégica, o sea geográfica, económica y demográfica, y como cabeza visible de un movimiento ideológico peligrosísimo que cuenta con entusiastas en todos los países, ha hecho surgir el nuevo *patriotismo ideológico* europeo, el cual también

tiene dos raíces: el convencimiento de la falta de personalidad estratégica de cada país de la Europa continental, habida cuenta de las posibilidades de los medios bélicos actuales y de las dificultades que entraña su producción, y la reacción anticomunista, que es tan internacional como el comunismo y que excede del escenario geográfico de la Europa continental y engloba la periférica, la insular e incluso los países de otras partes del mundo.

Actualmente, en toda la Europa continental, pero especialmente en Alemania y en Francia, principales personajes políticos de esa zona geográfica y seculares contendientes por la herencia de Luis el Piadoso, ha surgido un movimiento europeísta aun difuso, pero indudablemente consistente, tanto que no habrían podido soñar con él ni Metternicht, ni Goethe, ni siquiera Briand o Stresemann. Cualquier político de hace unos cuantos años que en una Francia que se considera vencedora, como la actual, hubiera sugerido una solución para la cuestión del Saar que no hubiera sido su total asimilación por Francia, como intentó Luis XIV, habría sido tratado de traidor o poco menos; hoy, sin embargo, los franceses han admitido que los hechos probaban que era forzoso que volviera a ser de Alemania esa tierra alemana, y Alemania, por su parte, ha admitido de total buena fe la cooperación económica con Francia en el pool del carbón y del acero. Dos admisiones que hubieran sido imposibles, o por lo menos muy difíciles, unos cuantos lustros antes, cuando Mangín se hizo impopular en Francia por su simpatía hacia los vencidos y Adenauer en Alemania por su deseo de inteligencia con los franceses.

El naciente espíritu europeo dista aún mucho de tener fuerza para dar batallas contra los nacionalismos, endurecidos por las luchas y por la educación política nacionalista de los pueblos, como lo muestra que no haya podido llegar a ser una realidad la proyectada unión económica franco-italiana, y no sólo por dificultades de tipo financiero, sino por el recelo de Italia hacia la labor asimilista francesa ejercida sobre los grandes núcleos de italianos establecidos en Francia, pero el mayor obstáculo que oponen los nacionalismos europeos al surgimiento de un ente político supranacional en el Continente está, como ocurre, siempre, en el terreno militar. La unificación de la organización de las fuerzas armadas de los diversos Estados europeos occidentales pertenecientes a la N. A. T. O. está muy lejos de ser una realidad, y ello es debido a que, como es típico en toda coalición, los Estados que la in-

regran recelan unos de otros y temen que, al amparo de la amenaza que les hizo unirse militarmente, uno de ellos adquiriera una preponderancia militar que lo haga peligroso para los demás, lo cual ha llevado a la organización actual de las grandes unidades de la N. A. T. O., que está en total desacuerdo con las enseñanzas de la guerra pasada y sobre todo con las necesidades previsibles a este respecto de la próxima.

Difícil es que tal recelo se base en el temor de una nueva lucha entre Estados europeos, pues todo el mundo intuye que no es posible la invasión de Francia por una nueva Wehrmacht, ni podría caber en la mente de un Clemenceau vuelto a la vida el fraccionamiento de Alemania en pequeños Estados o que el Palatinado fuera regido desde París. Lo que se teme, probablemente de una manera inconsciente, es que quien desempeñe el principal papel en la batalla adquiriera mayor relieve político que los demás de la coalición e imprima en ella el sello de su personalidad. Este recelo tiene más fundamento.

Una coalición de tipo análogo al de la europea se ha constituido en el Pacífico, aunque sus problemas internos sean notablemente distintos a los planteados en Europa, habida cuenta de las grandes diferencias de todos los órdenes que hay entre los diversos personajes políticos establecidos en el inmenso Pacífico y de la carencia de problemas fronterizos, puede decirse que absoluta, entre los integrantes de la coalición. El problema de la unificación de organizaciones militares, problema acuciante en la N. A. T. O., no se plantea apenas en la S. E. A. T. O. por la heterogeneidad del escenario geográfico del Pacífico y por las grandes distancias que median entre los países coaligados.

Todos los Estados de América han alardeado siempre de una solidaridad política americana que indudablemente existe y que no es más que la evolución de una postura defensiva frente a las antiguas metrópolis europeas, que la Historia ha probado que no estaba justificada ni en las épocas siguientes a las emancipaciones, pero que hoy sería totalmente absurda. La falta de una amenaza exterior en el Hemisferio, hace que esa solidaridad americana no necesite traducirse en una organización militar supraestatal, que ha sido muchos veces aludida, pero nunca abordada; además, la absoluta solidaridad política tropieza con el obstáculo de los varios problemas fronterizos existentes en América del Sur, entre unos Estados tan ricos en espacio como pobres en población y cuyas

fronteras no son más que los teóricos límites de los viejos Virreinos.

El golpe más grave para lo que podría llamarse *patriotismo americano*, ha sido el desamparo en que se han sentido Chile y Argentina al plantearse la cuestión de la soberanía sobre la Antártida; tras la inhibición norteamericana, uno y otro Estado se han sentido desligados de Washington y aun de los países hispanoamericanos más vinculados a él.

De todos modos, América entera es una realidad política, y prueba de ello es la actitud unánime de los Estados americanos en la pasada Guerra Mundial, pese a que en muchos de ellos existía, aunque ya muy debilitada, una influencia alemana en sus fuerzas armadas.

El sentimiento que se ha robustecido de una manera notable en los últimos años, como se ha probado en diversas ocasiones después de la segunda Guerra Mundial, aunque no haya sido esta la causa de ese robustecimiento, es el de *Hispanidad*, hasta el punto de que el modo de pensar hispanoamericano ha pesado en varios momentos y ha tenido una indudable trascendencia política. Ese robustecimiento de la *Hispanidad* fué previsto y anunciado por un historiador francés, Louis Bertrand, en su célebre *Historia de España*: él fué quien avisó a sus compatriotas de la desilusión que sufrirían si la confundían con la *Latinidad*, concepto carente de contenido, pero cuyo nombre suena bien en los oídos franceses e italianos.

Por último, hay que recordar que la segunda Guerra Mundial ha dado cohesión política a los católicos del mundo entero, lo cual no ocurría desde que el interés político, y aun intereses menos respetables que el político, llevó a Francia a acaudillar el bando hereje de la Guerra de los Treinta Años. En Münster y en Osnabrücken, la hija primogénita de la Iglesia, gobernada a la sazón por un Cardenal, condenó a la inacción política a los católicos de Europa, y desde entonces hasta los últimos años, nadie admitió que pudiera existir una solidaridad católica que fuera sentida por cima de las fronteras y que en nada se opone a la existencia de éstas; en cambio, nunca fué motivo de escándalo, ni siquiera de extrañeza, que se hicieran alardes de solidaridad anticatólica en el terreno de la política, incluso cuando ello implicaba el juicio de un Estado respecto a los problemas interiores de otro, como ocurrió al final del siglo XIX cuando la Reina Victoria de Inglaterra

manifestó su conformidad con la política religiosa de Bismarck. La falta de solidaridad de los católicos se mostraba, en la actitud contraria, en la inhibición, y concretamente se demostró en que esa Reina anticatólica era admirada en algunos sectores sociales de los pueblos católicos, incluso cuando esos pueblos habían sufrido afrentas y pérdidas territoriales decretadas por ella o por su Gobierno.

Tales hechos, unos robustecedores de la idea nacional, al lanzar en apoyo de ella otras que conducen a rebasar los obstáculos históricos que aparecen en el horizonte del mundo, y otros enemigos de ella, por implicar la presencia de tendencias disociadoras en el seno de las Naciones, son realidades políticas, realidades que no pueden dejar de tener en cuenta la política general y la política militar.

FRANCISCO LUIS BORREU